



IRREMPLAZABLE

Autor: C24

Me llamo Madison, tengo 12 años y vivo en Málaga con mi madre. Me encanta montar a caballo, de hecho, no sé qué haría sin ello. Llevo montando unos seis años. En estos años no he parado de insistirle a mi madre, que por cierto se llama Paloma, para que me compre mi propio caballo y por fin el año pasado me le compró. Se llama Tormenta y es un caballo que puede hacer de todo, puedo montarle para doma, salto, campo, carreras o una clase normal de paso, trote y galope. Su pelo es negro y sus crines y su cola lo son más aún. No le cambiaría por nada en el mundo.

Os voy a contar una experiencia bastante...especial: todo empezó a comienzos de verano, yo estaba en el colegio y...3, 2,1... ¡verano! ¡Había aprobado el último curso de primaria! Mis mejores amigas, Bea y Alis, también habían pasado a 1º de la E.S.O. Ellas también montan a caballo. La yegua de Bea es pía, de tres colores: marrón, negro y blanco; se llama Linda. El caballo de Alis se llama Tom, y es alazán, pero tiene una mancha blanca en la frente.

Para celebrar que habíamos terminado, por fin, nuestra etapa de primaria nos fuimos las tres a comer a la casa de Bea. Terminamos inmediatamente para coger las bicis e ir a la hípica donde montamos siempre. Les pusimos las bridas y las sillas a los caballos y, justo cuando nos dirigíamos a la puerta que da al campo nos encontramos con Marina, nuestra instructora de salto y una persona increíble. Junto a ella estaban Mario, Abel y Raquel; son unos chicos que viven en Madrid pero que vienen todos los veranos aquí a montar. Marina nos miró muy alegremente y nos dijo:

-¡Chicas, que alegría veros! Tengo algo muy importante que comunicaros: me ha llamado un viejo amigo mío que trabaja en el mejor centro hípico de la

comunidad y me ha dicho que necesita algunas personas para un concurso de salto y quería preguntaros que si queríais concursar junto con Mario, Abel y Raquel. Bueno, ¿qué me decís?

-¡Pues claro, nos encanaría! – Contestó rápidamente Alis – es decir, si los demás quieren también. ¡Venga, animaos!

Al principio no vi la idea muy clara, pero como todos empezaron a decir que si, entonces me animé y me apunté yo también. Pero entonces no sabía lo que se nos venía encima, o más bien... me venía. Pasaron largas y divertidas semanas de entrenamiento y llegó el día del campeonato. Era en la ciudad de Sevilla. Llegamos en autobús todos juntos. Entramos y vimos a mucha gente montando en la pista de entrenamiento, eran todos muy buenos; entonces comenzó a entrarme pánico.

Comenzó el campeonato y empezaron a salir los jinetes. Cuando les llegó el turno a mis amigos no hubo problema y lo hicieron todos de diez. El problema empezó cuando me tocó a mí: entré en la pista montada en Tormenta, empezamos a galopar. Había diez saltos. En los tres primeros no hubo obstáculo que Tormenta no pudo superar, pero al llegar al cuarto... resulta que había dos barriles enormes debajo del palo; me estaba asustando porque en más de una ocasión Tormenta se había negado a saltar porque le daban miedo. Cuando estábamos a dos trancos del salto parecía que Tormenta iba a hacer un rehúso pero entonces... pegó un salto enorme y lo superó con total normalidad. El resto del circuito fue genial. Yo era la última y todos estábamos nerviosos por los resultados. Quedamos en estas posiciones: en primera posición, Alis; en segunda posición, un chico llamado Marc y en tercera

posición una chica llamada Ruth. Marina anunció que podrían ir al campeonato nacional los tres primeros.

Cuando llegó el momento de la entrega de premios salieron los jinetes: Alis con su caballo Tom, Marc con un caballo llamado Veloz y Ruth con una yegua llamada Rita. Alis entró la primera a la pista cuando unos niños empezaron a gritar, a correr y a dar golpes a la valla del cercado. Tom se asustó y empezó a correr por toda la pista a galope tendido, Alis perdió el control: soltó las riendas y perdió los estribos. Estaba muy nerviosa; Tom se puso de manos y después pegó una coza al aire. Tengo que confesar que nunca he visto a Tom tan encabritado. Alis voló por los aires unos segundos y después aterrizó en un salto sumida en un sollozo sin consuelo. Marina empezó a gritar llamando al médico de la federación de hípica; que por cierto se llama Fernando. Entró corriendo a la pista y empezó a examinar a Alis. Cogió el teléfono apresuradamente y llamó a una ambulancia para trasladarla al hospital más cercano. Se formó un círculo de personas a su alrededor y, mientras Alis lloraba, Fernando le iba tocando la pierna derecha en diferentes puntos hasta que al final se levantó con el rostro serio y dijo:

-Alis, lo siento mucho pero tienes la pierna derecha rota.

Justo entonces llegó la ambulancia y se llevaron a Alis tan rápidamente como habían llegado.

Al día siguiente Marina, Bea, Mario, Abel, Raquel y yo fuimos a ver a Alis al hospital. Entramos en su habitación. Y al cabo de unos minutos entró Marina con Fernando y nos dijo:

-Chicos, me temo que Alis no podrá ir al campeonato nacional – aunque resultaba bastante obvio – lo siento mucho Alis. Hemos pedido a la federación un permiso para que elijas a alguien para que comita en tu lugar y nos lo han concedido. Bueno, no es gran cosa, pero algo es algo; ¿no...?

-Cuanto lo siento – le dije a Alis.

-Gracias Madi – contestó con un tono no muy animado – son cosas que pasan...

-Ya, pero no podrás ir al nacional, con la ilusión que te hacía...

-Pero, Madi, sí que voy a poder ir. No a competir, claro está, pero puedo ir a verte si tú quieres.

- ¿A verme? ¿Qué quieres decir...?

-Pues, que solo si tú quieres y, Madi, solo y solo si tú quieres, podrás competir en mi lugar – entonces miró a los demás y dijo – sin ofender a nadie. No lo he hecho con mala intención. Pero vi ese miedo cuando te topaste con esos barriles, vi esa emoción que solo tú tienes – miró otra vez a los demás y añadió – sin ofender otra vez – con una leve sonrisa – y Tormenta está ya más que preparado. Madison, yo creo, todos nosotros, creemos en ti y, en que si no estás dispuesta a asumir esta gran responsabilidad puedo pedírselo a otra persona. Pero antes quiero saber tu opinión. Dime, ¿qué te parece?

Yo estaba patidifusa... ¡no sabía que decir! Pero no podía defraudarla porque, al fin y al cabo, era mi mejor amiga desde el jardín de infancia y...

-Está bien, lo haré. Por ti y por nuestro club de hípica.

Pasados dos días fui a ensillar a Tormenta. Entré en su cuadra y estaba tumbado en el suelo. “Qué raro” pensé “no es habitual en él”.

-¡Tormenta, arriba! – Grité alegre pero preocupadamente - ¡Vamos a salir un rato al campo!

Pero no se levantaba y al cabo de un rato descubrí que no se movía, y tampoco respiraba. Salí corriendo de la cuadra a gritar con todas mis fuerzas:

-¡MARINA, MARINA, BEA, Alis...!

Estuve llorando todo el día y cuando de pronto... me desmayé. Al despertar me encontraba en el hospital. En unos minutos me dieron el alta y me fui con Marina al veterinario, donde me confirmaron que a Tormenta le había dado un infarto al ser asustado por un gato.

En la sala de espera estaban: mi madre, Paloma; Bea; Mario; Abel; Raquel; Fernando y Alis, en silla de ruedas.

Cuando Marina se disponía a decir algo estallé y les grité a la cara:

-¡No quiero oírlos, solo quiero estar tranquila!

Entonces me fui corriendo al coche y me puse a llorar. Al rato entraron Bea, Raquel, Alis y mi madre; los demás se fueron con Marina; y ninguna dijo nada, solamente adiós cuando dejamos a cada una a su casa.

Cuando; a los tres días del nacional, fuimos todos a montar, Marina se acercó a mí y me dijo:

-Madison, si quieres, estás a tiempo de competir. Yo puedo dejarte a mi yegua Esmeralda, a mi caballo Edi, a la yegua torda de mi prima Elena: Rouse o a mi otro caballo: Prisionero.

-Gracias Marina, pero no quiero otro caballo. Quiero a Tormenta y, por muchos caballos que me ofrezcas... no puedo hacerlo. Ya he hablado con Bea y hemos acordado que sea ella quien compita.

-Bueno Madi, si cambias de opinión, ya sabes dónde están las cuadras.

-Gracias. Pero sé que esto no es el fin del mundo, hay más caballos, puede que mi madre acepte otro caballo, incluso, puede que pruebe esta vez con una yegua.

Una leve sonrisa se reflejó en mi rostro y, puede, que una pequeña carcajada se me escapara.

Pasado ya el campeonato nacional; por cierto, Bea no pasó al internacional; fuimos Marina, mi madre y yo a comprar otro caballo.

Estuve dos horas eligiendo y al final me decidí por una yegua joven, torda, y con mucho carácter que se llama Girasol. Aunque Tormenta ya no esté entre nosotros, yo siento que su espíritu sigue vivo en mi corazón. Porque siempre supe, desde el primer momento en que le vi, que ese caballo estaba hecho para mí; y que jamás le olvidaré.

Porque él no solo ha sido mi mejor amigo, y el primer caballo que he tenido, ni el caballo con el que aprendí a saltar, con el que tantas veces me he caído y me he levantado, con el que tantas veces he reído y he llorado, él es Tormenta, es mi caballo. Y lo más importante. Él es irremplazable.